

MÓNICA CÁZARES CASTILLO, JESÚS ALBERTO LEYVA ORTIZ

El vicio social de la moda en personajes literarios femeninos

The Social Vice of Fashion in Female Literary Characters

Resumen

Mediante el análisis de novelas de finales del siglo XIX en México y Sudamérica, este documento aporta al estudio de la historia cultural, principalmente a los aspectos que nos acercan a las costumbres y las prácticas culturales. Los personajes de las cinco novelas realistas con detalles costumbristas de las que hablará este texto son fieles muestras literarias de las últimas décadas decimonónicas que tienen la característica de observar la realidad a detalle y captar de ella retratos de las tradiciones, modos de vida y costumbres en general, particularmente la preocupación por su indumentaria.

Palabras clave: moda, mujeres, realidad, novelas, cuerpo.

Abstract

Through the analysis of late nineteenth century novels from Mexico and South America, this article contributes to the study of cultural history, particularly to those aspects that bring us closer to customs and cultural practices. The characters in the five realist novels with *costumbrista* details discussed here are faithful literary examples from the last decades of the nineteenth century, characterized by detailed observation of reality and by their ability to portray traditions, ways of life, and customs in general, particularly the preoccupation with clothing.

Key words: fashion, women, reality, novels, body.

Fuentes Humanísticas > Año 38 > Número 72 > I Semestre > enero-junio 2026 > pp. 97-108 > ISSN 0188-8900 > eISSN 2007 5618.

Fecha de recepción 30/10/2025 > Fecha de aceptación 05/03/2026

mcazares@beceneslp.edu.mx, **jleyva@beceneslp.edu.mx** > **Orcid:** <https://orcid.org/0000 0001 7047 3522>, <https://orcid.org/0000 0002 8892 7446>

* Benemérita y Centenaria Escuela Normal del Estado de San Luis Potosí, San Luis Potosí, México.

Fuentes Humanísticas está bajo la licencia creative commons Atribución-No comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Cinco novelas decimonónicas y la teoría de las representaciones

El legado literario de cinco novelas decimonónicas seleccionadas para los fines de este artículo, permite tener un acercamiento a la vida privada de las familias y personajes que emulan familias y personajes reales y, de este modo, tener una noción del acontecer cotidiano en un ámbito íntimo. Por lo anterior, se propone aproximarse a la intimidad cotidiana de la realidad abstracta a través de la metodología de las representaciones.

El mundo de las representaciones se materializa en objetos, expresiones, artefactos, acciones, acontecimientos que contienen un significado llamado «formas simbólicas». De tal manera que «Todo puede servir como soporte simbólico de significados culturales: no solo la cadena fónica o la escritura, sino también los modos de comportamiento, prácticas sociales, usos y costumbres, vestido, alimentación», entre otros. (Giménez, 2005, pp. 67-68). Los autores de la literatura van más allá de las palabras impresas que describen cosas o sujetos: emplean similitudes y analogías de la realidad abstracta; es decir, provocan que las palabras tengan una dimensión que permita representar símbolos y articular un lenguaje, un conocimiento y la realidad humana.¹

En específico, este documento pretende, a través del método de las representaciones, identificar la constante preocupación de la sociedad femenina decimonónica de la segunda mitad del siglo XIX por la moda de estilo francés, a través de los personajes que experimentan la pre-

sión social por alcanzar los estilos de vida que demandaban el consumo de la vestimenta y que reflejaban una condición de posicionamiento social aspiracional altamente valorado; pero, al mismo tiempo, identificado en la época como un vicio social, cuyas consecuencias atraían los riesgos morales que arruinaban vidas, no solo por la fragilidad del cuerpo humano, sino por su condición de mujeres en afán de conseguir dicho reconocimiento y estatus.

El ejercicio interpretativo para evidenciar estas representaciones, se hizo a partir de tres novelas mexicanas: *La Calandria* (1891), de Rafael Delgado; *Los fuereños* (1883), de José Tomás de Cuéllar; y *Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860* (1865), de Francisco de Paula Palomo; y de dos novelas sudamericanas: de Brasil, *Memorias póstumas de Brás Cubas* (1881), de Machado de Assis; y de Perú, *Blanca Sol* (1889), de Mercedes Cabello de Carbonera.

La selección anterior responde a que en esas obras existen personajes femeninos motivados por escalar socialmente, movidos por el deseo de pertenecer a una clase social acomodada y atraídos por la moda, la elegancia y el nivel adquisitivo que satisfaga su vanidad. Estas mujeres de la ficción se ven envueltas en una serie de malas decisiones, lo que les provoca males para sus propias vidas. Ellas sufren todos o algunos problemas tales como: desamor, desprestigio, deshonor, despilfarro y, por consecuencia, taras sociales como pobreza, prostitución, enfermedad y suicidio.

La idea de citar tales personajes en estas novelas se plantea con la finalidad de identificar en ellos ese vicio social de vestir a la moda relacionado con el cuer-

¹ Esta reflexión surge en torno a la obra de Foucault en *Las palabras y las cosas* (2002).

po y los medios de los que se valen para conseguirlo, atentando incluso contra su propio bienestar y el de sus cercanos. La manera de actuar de las mujeres en relación con este vicio, se presenta como un fenómeno coincidente en las narrativas que abarca toda la segunda mitad del siglo XIX. Esta tendencia no es exclusiva de México, sino que se extiende por el continente latinoamericano y es expresado en las historias contadas; por ello se incluyen en el análisis una obra brasileña y otra peruana.

Existe por lo general, en ciertas obras universales, el interés por evidenciar el cuerpo como paradigma teórico en la literatura (Vivero, 2010). Esto ocurre por la relevancia que ha tenido el cuerpo humano a lo largo de la historia como un precepto cultural que contiene connotaciones: por un lado, físicas, que lo relaciona con un espacio personal y con otros individuos con los que hace comunidad, pues lo corpóreo es el objeto con el que se experimenta la vida misma; por otro lado, simbólicas, que envuelven un manto de ideas, discursos, pensamientos, sentimientos, pasiones y deseos. En este sentido es como se asume el concepto moda en este trabajo, la moda estará ligada *per se* a la corporalidad, pues, como bien apunta George Simmel, «la moda mantiene en constante mutación las formas sociales, los vestidos, las valoraciones estéticas, en suma, el estilo todo que usa el hombre para expresarse» (Simmel, 2014, p. 32). El cuerpo, en efecto, materializa los deseos, manifiesta la pasión y el amor: es el medio de comunicación no verbal con el mundo, un modo de expresión que conecta con los sentidos y se expresa frente a la otredad.

Los personajes femeninos: sus cuerpos, un prototipo de deseos

Cándida Vivero (2010) sostiene que el cuerpo se erige como un concepto teórico-metodológico que explican las estructuras, el lenguaje y los temas presentes en los textos escritos principalmente por mujeres. Para lograr dicho objetivo, se deben tomar en cuenta «las dimensiones sociales y los factores que determinan el uso del lenguaje, y los ideales culturales que dan forma a los comportamientos lingüísticos» (Vivero, 2010, p. 29); es decir, el espacio cultural del autor determina la forma en que se aborda el tema del cuerpo desde distintos enfoques. Según la autora, aun cuando sea la voz de una escritora la que se expresa, siempre se evidenciará detrás de ella la tradición masculina, simultáneamente con la femenina:

La diferencia de la escritura femenina sólo puede ser entendida en términos de la relación cultural compleja que está enraizada en la historia. La estructura dominante, por lo tanto, determina en muchas ocasiones las estructuras silenciadas; sin embargo, aún por medio de las primeras, las segundas pueden manifestar de manera directa su experiencia tanto política como social y económica. Para Showalter, la teoría literaria feminista debe entonces enfocar su interés en el estudio de esa relación entre la identidad literaria femenina y el campo cultural en donde se insertan las autoras (Vivero, 2010, p. 29).

De tal forma, se debe entender entonces un contexto cultural donde se sabe que la época decimonónica se caracterizó por una influencia patriarcal, ya que la figura rele-

vante en los ámbitos públicos y privados era la masculina. Sin embargo, la percepción de que en un texto literario siempre existirá la voz masculina detrás de la femenina es una aseveración que debiera tomarse con cuidado, debido a que en esta época se vislumbra la incipiente independencia femenina, no solo mediante un texto, sino también es en la segunda mitad del siglo XIX, cuando las mujeres comienzan a participar más en el ámbito público. La investigadora Ana Lidia García (2002) lo explica de este modo:

Sin embargo, a este intento de dominación sobre la mujer se oponen todas las fuerzas que desencadena la modernidad porfiriana; prueba de ello son los inicios del feminismo mexicano y la apertura educativa, profesional y laboral para muchas mujeres, pero también la sobreexplotación de muchas otras. A todos estos problemas hay que añadir las diferencias de clase y de región que existen en el México decimonónico (p. 217).

Sobre lo anterior, se pueden citar algunos datos que argumentan la progresiva participación femenina en México: en 1886 se graduó la primera mujer dentista; a partir del suceso, varias mujeres más se inscribieron en diversas facultades (Juvenal, 1886). Asimismo, las mujeres incursionaron en manifestaciones políticas, a partir de la gran controversia que generaron las negociaciones de la reestructuración de la deuda inglesa que intentó hacer el presidente Manuel González en 1884 (Juvenal, 1885) y, a su vez, iniciaron movimientos sindicales donde surgieron las primeras organizaciones femeninas entre costureras y tabacaleras.

Los ejemplos anteriores son una pequeña muestra de un fenómeno cultural

que se irá replicando en toda Latinoamérica. Las mujeres buscaban un espacio donde ser reconocidas, no igualarse al hombre, sino pertenecer activamente en la comunidad y ser valorada en una sociedad que buscaba la modernidad y el desarrollo.

En el ámbito literario, Mercedes Cabello de Carbonera ejemplifica esta atribución. Para este documento, representa la única muestra de una autora en contraste con los demás autores, es decir, solo una de las cinco obras aquí citadas la escribió una dama; sin embargo, su caso en específico, da cuenta de la incursión de la mujer en ámbitos fuera del privado, en convertirse en una mujer escritora y novelista, lo que la llevó a ser duramente criticada, sancionada, vejada, por la forma en que su personaje en *Blanca Sol*, explícitamente señala los vicios sociales que practicaron las mujeres de la época. Condenada por «pintar el mal con lodo y no con nieblas»,² Cabello de Carbonera expresa su voz sin estar detrás de ella alguna voz masculina, ni veladamente, ya que desde el prólogo, señala cómo la sociedad se encuentra sumida en vicios que son más admitidos «y con frecuencia objeto de admiración y de estima» que sancionados.

Sobre esos llamados vicios, la escritora Mercedes Cabello da relevancia al lujo, la adulación y la vanidad. Declara que este tipo de novelas, la novela social, tiene más importancia que las pasionales ya que manifiesta una preocupación por la sociedad y la intención es moralizarla (Cabello de Carbonera, 1881). Para la investigadora Ana Luisa García (2002), en América Latina existe una versión de la moral en la segunda mitad del siglo XIX que argumenta así:

² Para profundizar en el rechazo de su obra literaria consultar: Ana Peluffo (2002).

Para el análisis de la segunda mitad del siglo XIX Arrom y Verena Radkau proponen el interesante concepto de marianismo (derivado de la Virgen María), versión latinoamericana de la moral victoriana que establece un culto a la domesticidad de la mujer y a la superioridad espiritual de la «naturaleza femenina». A través del nuevo culto a la mujer se trata de justificar la separación del trabajo asalariado del doméstico y la subordinación de ésta. Es decir, tras el proceso de la Revolución Industrial, la ideología burguesa establece una clara diferenciación entre los mundos privado y público, entre el hogar y el lugar de trabajo, por lo que a la esfera doméstica se la convierte en un dominio femenino idealizado (p. 217).

El aporte de Mercedes Cabello de Carbonera viene a cuento en el argumento de la coincidencia de las cinco novelas aquí presentadas, puesto que, separada de los autores masculinos, ofrece una historia similar a los demás, pues su protagonista está totalmente vinculada con el vicio del vestir a la moda, valerse de los hombres, quienes conscientemente acceden a cumplir sus deseos de tener bienes caros como alhajas, vestuarios y demás y le proveen lo que necesita y más.

Los personajes femeninos, protagonistas del vicio social de la moda

La novela de Cabello de Carbonera refiere a su personaje de nombre Blanca Sol, una mujer que, sin tener una vida acaudalada, desde niña, su madre le enseñó a vivir con una ostentación aparente, sin importar las consecuencias en que el poco capital que tuviera, se viera empeñado. Le mostró

artimañas mediante las cuales, con habilidad, se valían de su belleza para que hombres acaudalados le pudieran costear una vida lujosa.

Sin ser promiscua, Blanca supo llevar al extremo su coquetería para conseguir de los hombres lo que más deseaba. «El objetivo de sus ambiciones de mujer a la moda [era] [...] lucir, deslumbrar, ostentar, la única aspiración de su alma». Pero no solo la mujer era la que manipulaba estas situaciones: los hombres se sabían utilizados, o bien, sabían que era necesario pagar con vestidos «todo lo que ella da en amor». Un personaje varón de esta novela reflexionará: «nosotros rendimos homenaje más que a las virtudes, al lujo de las mujeres, y luego queremos que no sacrifiquen la virtud para alcanzar el lujo» (Cabello de Carbonera, 1881, p. 48).

El personaje de Blanca vivía una continua ambivalencia de valores: unas veces compasiva y fiel, otras páfida y coqueta: con una moral elástica. Mercedes Cabello hace énfasis en esta doble moral que vivía la sociedad de su época, pues Blanca, con el fin de alcanzar los estilos de vida, basados en la ostentación y el derroche, se casó con un hombre que, gracias al esfuerzo del padre de este, tenía una considerable fortuna. Suficiente razón para que Blanca viviera con él, pues era alguien que la llenaría de lujo y así podría adornar su cuerpo y acrecentaría su belleza. Sin embargo, una vida de constante derroche tendría límites para las arcas que heredó su esposo.

Cuando llega, finalmente la ruina total del esposo, Blanca Sol siente una profunda desesperación, entre otras cosas, porque ya sin sirvientas ni nodrizas, ella debería servir, cuidar y amamantar a sus hijos. Sin tener nada más de que valerse económicamente, porque no solo había perdido los

bienes materiales sino también a su esposo, quien había terminado en la locura, resolvería empeñar su honor y reputación, pues su coquetería había instado a los malos juicios de la opinión pública. Al final doña Blanca Sol decidiría salir de la ruina y vivir a costa de su mayor tesoro: su propio cuerpo.

Los fuereños es una novela por entregas publicada en *El diario del Hogar* entre los meses de mayo y junio de 1883, de José Tomás de Cuéllar. La familia Ramírez —compuesta por el padre don Trinidad y la madre Candelaria con sus tres hijos Gumersindo, Clara y Guadalupe— viaja a la capital de México en plena modernización e intentan adaptarse a ella, pero a los hijos les gana y deslumbra el estilo de vida de la gran ciudad. Tanto Gumersindo como su hermana Clara quedan atraídos por los vicios urbanos: él de la prostitución y ella de la moda que está adherida a una vida de alta sociedad. Así se expresa la autora Claudia Canales (2021) de los dos hermanos, en la presentación de la obra en la versión publicada por la UNAM:

[...] bastaron 3 o 4 días para que los jóvenes Ramírez perdieran el capital moral que habían acumulado durante su crianza en el campo [...] Así, mientras Gumersindo sucumbe a la carne perfumada y blanca (sobre todo blanca) de las prostitutas caras, Clara se transmuta en una mujer irreconocible con sólo calzarse unos tacones franceses de cabritilla abrozada (p. 9).

El personaje femenino que vería empeñado el cuerpo por los deslumbramientos de los estilos de vida entre el lujo y la moda sería Clara. Ella se muestra deseosa de una vida elegante y de formar parte de los círculos más altos de la sociedad mexicana. Esos sentimientos sobre la joven los explicita el

narrador omnisciente (De Cuéllar, 1883), en un fragmento de la obra:

Quando supo de los misterios del tocador y de la moda y desde que empezó a usar tacones altos y vestido angosto se imaginaba tener derecho a ingresar en el número de las mujeres elegantes de México, de quienes se había formado una idea casi novelesca, y era tal y tan viva esta tendencia que, desde que en el pueblo pudo formar parte de las pocas jóvenes que se vestían bien, comenzó a ser desdeñosa con su novio, que era uno de los charritos más apuestos de los alrededores (p. 48).

Durante su incursión en la capital mexicana, Clara creería pertenecer ya a ese ámbito social por verse vestida a la moda como las otras mujeres capitalinas. Además, los tratos con el joven Manuelito, personaje que formaba parte de la élite capitalina, la llevaron a creer que estaba muy cerca de alcanzar un estatus privilegiado en dicha sociedad, cuando lo único que pretendía el joven varón, era seducirla, lo que da a entender implícitamente el autor Tomás de Cuéllar es que lo consiguió, aprovechándose de la inocencia de la joven fuereña. Al final de la historia, la familia Ramírez regresará a su pueblo y, con ellos, la joven Clara, entre llantos, pues ha perdido algo más que la oportunidad de convertirse en una dama de alta sociedad en la capital: su candidez e inocencia.

Quien no era nada inocente como Clara, era Marcela, la mujer que Brás Cubas amó fervorosamente. En la novela *Memoria póstuma de Brás Cubas* (2017), el autor María Machado de Assis la describe como una mujer «que no poseía ninguna inocencia rústica y apenas entendía la moral de las normas» (p. 63). Entre las principales

aficiones de Marcela se encontraban el dinero y los jóvenes. Brás le demostró su ardiente amor al colmarla de lujosos regalos y le pedía, a cambio, «verla vestida de determinada manera, con tales y cuales adornos, este vestido y no aquél» (p. 67): quería disfrutar de ese cuerpo que tanto deseaba. Marcela correspondió a su pasión «durante quince meses y once mil reales» (p. 73).

La historia da un giro al final de corte naturalista: el infortunio aparece y diezma la condición de salud de Marcela como castigo simbólico a su vanidad. La viruela desfiguraría su rostro y le provocaría una apariencia de vejez precoz, destruyendo sus gracias físicas (p. 133). Perdidos los atributos físicos no había modo de lucir al parejo de los estándares de la sociedad exigente y presuntuosa, ya no resultaría atractivo vestir elegante ni se obtendría notoriedad ni distinción.

La preeminencia que la sociedad daba a la vestimenta era mordaz, pues tenía que ver con la forma en que la persona era tratada, esta era una herramienta para escalar categorías sociales y para tener un buen matrimonio. Ese cuerpo, si era bello, había que lucirlo, exhibirlo en su mayor esplendor para atraer un buen partido para el casamiento, lo cual implicaba que se costeara un elevado estilo de vida.

A propósito de esta búsqueda afanosa de las mujeres para conseguir un buen prospecto matrimonial, está el caso de Carmen, mejor conocida como la Calandria, que, sabiéndose atractiva y de buen porte, se atrevió a desdeñar un pretendiente modesto tan solo por creer alcanzar a otro perteneciente a la alta sociedad. Calandria, en edad casadera, se entera de que es hija ilegítima de un militar, Eduardo Ortiz, quien en su matrimonio también tiene una hija

de su misma edad llamada Lola y que, por azares del destino, es muy parecidas físicamente. Saber eso alienta a Carmen a sentirse merecedora de un mejor estilo de vida.

La Calandria siempre añoraba tener la posición de su hermana para lucir igual que ella, elegante y distinguida. Así, en la historia que cuenta Rafael Delgado (2006), rechaza a un pretendiente de la clase trabajadora de nombre Gabriel, hijo de doña Pancha, hombre honrado y de oficio carpintero. En cambio, fija su atención y entusiasmo en un hombre de clase alta de nombre Alberto Rosas. En el siguiente fragmento de la obra la protagonista reflexionará sobre su condición económica y la posibilidad de ascender en el estatus social:

Carmen contestó que sí, orgullosa de verse preferida por aquel joven tan elegante [que la invitaba a bailar]. —Esto es lo más natural—pensaba; no hay desigualdad entre nosotros; soy tan decente como él. Cuántas veces no habrá bailado con mi hermana Lola en las tertulias ruidosas del *Círculo Mercantil*. ¿Qué tengo yo de menos? ¡La ropa! ¡La ropa nada más! ¡No es justicia que sólo por eso, es decir, por el dinero, ella aparezca superior a mí! (p. 95).

Calandria, en su afán de subir de estatus social, cree en las promesas de amor del supuesto pretendiente rico y desprecia a aquel que la amaba sinceramente. Al final se da cuenta del engaño de Alberto Rosas, pues sus pretensiones solo fueron aprovecharse de ella y disfrutar de su cuerpo; así que, cuando obtiene lo que quería, la abandona como si fuera un objeto inservible. Carmen, al verse sola y sin amor, termina sobreviviendo como costurera y viviendo miserablemente. En su desesperación, y ante esta última condición, se quitó la vida.

La incapacidad en Carmen de conocer y aceptar los límites impuestos por su nacimiento, heredados por la vía materna, es decir, su aspiración de movilidad social, es una de las razones que, desde la perspectiva del autor, provocan el desenlace trágico y fatal de la novela (Sandoval, 2011, p. 19-20).

Otra novela que da cuenta de la importancia que se le daba al atuendo, a embellecer el cuerpo y a tener un estilo de vida lleno de lujo y derroche es *Luisa o San Luis Potosí* (1865), del autor Francisco de Paula Palomo. En esta obra se describe un suntuoso baile que se lleva a cabo en la ciudad de México, en la casa de uno de los hombres más opulentos de la sociedad de la época. Un diálogo entre damas que asistían al baile nos permite conocer cuáles eran sus intereses y preferencias:

—Querida, dijo Enriqueta a Hortensia, temí que no vinieras, porque te suponía apesadumbrada por la muerte de tu pequeño Anastasio; pero me alegro mucho de verte.

—¡Afligirme por la muerte de mi hijo! De ninguna manera. Antes me alegro que Dios se acordara de él y de mí, llevándole al cielo.

No puedes figurarte las congojas que dan los chicos, las privaciones que causan; luego, cuando saben todos que alguna mujer tiene hijos, la creen vieja y no hacen caso de ella. Me moriría de rabia si un hijo me privara de mis diversiones y sobre todo de bailar, porque el baile es la única felicidad que hay en el mundo.

—Eso mismo digo, contestó Amalia, y si no me he resuelto a casar, es por temor que me infunden los hijos, aunque hay muchas muchachas que se casan y no los tienen.

—Yo, contestó Hortensia, no soy estéril pues ya he tenido un hijo que por fortuna se ha muerto; si vuelvo a tener otro he de llorar sin consuelo.

—Pues yo no quiero lidiar con muchachos, dijo Enriqueta, no me he decidido a casar hasta que encuentre marido a mi gusto, el cual debe ser como un Adonis; ha de tener quince años para lucirle, y a causar envidia con él a mis amigas y a las que no lo sean; ha de ser mansito y sufrido para que me deje ir a misa temprano y él se quede acostado; para que cuando haga mis visitas no me pregunte a donde voy, y para que cuando yo esté dormida tome al niño en brazos y le duerma paseándole. Debe también ser rico para que me traiga a la moda y varíe de carruaje cada dos meses; para que me permita jugar en San Agustín de las Cuevas, y pasear en San Ángel; y finalmente para que sostenga tertulia en mi casa cada ocho días (pp. 242 -243).

Parecieran extremas e inverosímiles las aseveraciones de estas damas distinguidas; sin embargo, podríamos matizarlas con algunos textos moralistas publicados en la época, que aluden a las buenas costumbres y externan preocupación por los valores sociales frente al consumo de la moda, fenómeno que fomenta el derroche, el endeudamiento, las malas costumbres y los sentimientos frívolos en las mujeres.

Algunos de estos textos señalan cómo las mujeres bellas, pero también banales, les interesaba poseer las prendas que las hicieran aún más bellas; no así las mujeres feas, quienes —según estos textos— eran las ideales para el matrimonio, ya que entre sus aspiraciones no estaba tener un cuerpo vestido con suntuosidad, es decir, con pedrerías o costosos adornos. Otras ventajas de las mujeres feas, dicen estos

textos, era no tener que celar al marido, ni tampoco ellos tendrían que invertir mucho dinero en su atuendo; por el contrario, la mujer bella:

Está en continuo toilette; quiebra veinte espejos a la semana, suscribe al marido a todos los periódicos de modas; no pega un botón, [...] aprende todas las lenguas sin saber las reglas de ninguna, desconoce la existencia de la aguja, pero va a los teatros y baile, en donde malgasta la fortuna, y apenas es feliz cuando la modista le trae el vestido de baile y el marido el abono de los espectáculos de noche (de L. G. J., 1882, p. 1).

Más allá de los textos

Estas obras y sus historias dan cuenta de la preocupación social en la época de finales del siglo XIX ante el consumo de la moda por parte de las damas de élite. Según algunas crónicas de sociales de la época publicadas en *El Monitor Republicano*, se sancionaba como un vicio, como si los intereses de la mujer dependieran solo de su físico y no les importara el patrimonio familiar. Estas crónicas nos permiten conocer que la demanda a la mujer era tener control sobre la frivolidad, el consumo de la moda y proteger la economía familiar.

Por su parte, las novelas nos permiten identificar los valores y las preocupaciones morales que permeaban en la época. Dan cuenta de la vida privada, del cómo se vivía en el interior de un hogar, los sobresaltos económicos que ocasionaron la presión social por el buen gusto, los estilos de vida ostentosos, que las sociedades latinoamericanas replicaban de los países europeos, en específico, del consumo de la moda francesa, que mantuvo a las mujeres en una continua guerra de vanidades, ya sea por

distinguirse más, resaltar de entre varias o ser la mejor.

Entre las publicaciones periódicas de sociales de la época, las crónicas dominicales alentaban paradójicamente este estilo de vida caracterizado por el afán de atender a la moda y su consumo. Incluso, ocasionaban la confrontación entre las damas, la competencia entre ellas, mediante narraciones aduladoras que describía los atuendos y escenarios de determinados eventos o fiestas, ya que en estas crónicas algunas eran más favorecidas que otras, al mencionar su aspecto glamoroso o simplemente destacarlas por el diseño de su atuendo, y por consiguiente, los capitales de los esposos, que de forma indirecta se veían reflejados en la vestimenta de la esposa halagada.

El personaje de Blanca Sol es una dama de élite que invitaba a los cronistas de moda para que escribieran sobre sus eventos sociales. Esto era una forma de acrecentar su fama de dama distinguida, hermosa, poderosa y a la moda. Si se realiza el ejercicio de comparar la narración de estos eventos en el contexto limeño de la novela con alguna crónica social de la ciudad de México de la misma época, se puede corroborar no únicamente el realismo de la obra, sino la identificación de la realidad que se vivía sobre este llamado vicio social y la atención que provocaba para los autores de dichas crónicas.

Con el fin de ejemplificar lo anterior, se toma como referencia un baile de fantasía —es decir, un baile de disfraces— ofrecido por el ministro inglés Sir Spencer Saint John a la élite política de la ciudad de México en 1886. Este baile se convirtió en un gran suceso, ya que la crónica social de los principales diarios, incluso de otros estados de la República, lo describieron

como «un antes y después» en la historia de la embajada inglesa. Algunos de los principales cronistas como Juvenal o Tita-nia, narraron el baile en varias ediciones dominicales. Las crónicas describen el gran derroche de lujo y ostentuosidad que versó en el baile. Algunas de las damas que más destacaron fueron aquellas que encargaron sus disfraces a Francia con el diseñador más prestigiado de la época, Charles Frederick Worth. Estas mujeres fueron Carmen Romero Rubio y Emilia Esther Guzmán de Díez Gutiérrez: la primera, esposa del presidente Porfirio Díaz; la segunda, esposa de un acaudalado hombre potosino Pedro Díez Gutiérrez.

En esas narraciones de los cronistas más leídos ya mencionados, se hacía evidente la polémica que generaba la crónica social al describir o distinguir más a una mujer que a otra. A veces, para no herir susceptibilidades, los cronistas debían añadir aclaraciones, justificaciones o descripciones ampliadas en las posteriores ediciones de su publicación para no herir susceptibilidades.

Por lo anterior, los textos publicados en los diarios como las referidas crónicas de sociales reforzaban los discursos de preocupación por los valores superfluos, pero al mismo tiempo incitaban al consumo. Generan una confrontación de valores morales en el que la moda se coloca en altísima estima.

Este discurso periodístico que permea en la época, consumo *versus* valores y exhibicionismo *versus* moral, aparece también en la narrativa realista literaria, en la crónica costumbrista y en los escritos periodísticos de los diarios. Incluso podríamos ubicarlo en otro tipo de fuentes, como los anuncios publicitarios, en los que se mostraban imágenes femeninas promoviendo productos para aumentar los senos o adelgazar la

figura, con el eslogan: «de nada servía un lindo rostro con un cuerpo engrosado o con senos pequeños».

En este documento se identifica también la representación simbólica en los personajes femeninos contenidos en las cinco novelas referidas mediante el vestido como el vehículo que transforma el cuerpo, lo exhibe y lo hace atractivo para seducir. El vestido es el que tiene el poder, es lo que vale, porque el cuerpo sin él no es nada, puede ser el cuerpo de cualquiera, sin estatus ni jerarquía. Es el vestido de moda el que amenaza y transgrede el orden social y el cuerpo, por su parte, queda expuesto y condicionado a los efectos que provoca esta interacción.

El personaje de Blanca Sol, por ejemplo, a pesar de ser coqueta, nunca entregó su cuerpo, solo lo hizo cuando necesitó ascender socialmente, el día que se casó. Pero después, ya con todo el lujo que obtuvo a través de su indumentaria, tenía el poder de provocar y burlarse de todos aquellos que morían de amor por ella, que se veían seducidos por la encantadora mujer que vestía con suntuosidad. Cuando el exceso en el consumo de vestuario a la moda la llevó a la ruina, comenzó a vender sus lujosos vestidos y, al acabarse estos, no tuvo más remedio que recurrir a su propio cuerpo.

El caso de Carmen, la Calandria, es muy similar al de Blanca Sol: pensó que solo necesitaría de vestir elegantemente a la moda para alcanzar el reconocimiento de un hombre de la élite social, dado que en sus genes existía «abolengo», la herencia del padre rico que no la reconoció. Sin embargo, al verse sin pareja, tuvo que sobrevivir como costurera, dado que ese oficio estaba mal pagado, la miseria se instaura pronto en su vida. En su des-

esperación, decidió envenenarse y acabar con ese cuerpo que tanto deseaba verse envuelto en el lujo de la moda.

Al igual que Calandria, Clara, tenía un origen digno. Sus padres eran personas adineradas que vivían en un pueblo. Creía que el hecho de estar informada sobre las tendencias de la moda y consumirlas al llegar a la Ciudad de México la colocaría a la altura de las grandes damas capitalinas y podría escalar de estatus social casándose con un hombre adinerado. Se preparó para recibir la visita de este pretendiente: acicaló cada una de sus prendas con esmero, decoró su rostro y, en especial, se calzó aquellos botines de cabritilla que la hacían verse más alta y distinguida. De tal forma quiso deslindarse de sus orígenes indígenas mediante los artificios de la moda. Al igual que la Calandria, lo único que alcanzó fue ver manchada su honra y regresar junto con su familia a su pueblo entre inconsolables sollozos, con un cuerpo mancillado.

El caso de Marcela, la bella prostituta de la novela de Machado de Assis, es inverso a los otros casos: ella sí vivía de su cuerpo y lo utilizaba para conseguir un estilo de vida que la proporcionara lujo. Sin embargo, la vida le dio un revés: la viruela desfiguró su rostro y le provocaba en su piel una apariencia avejentada. La enseñanza de la novela es que, para aquellas mujeres inmersas en la vida material y frívola, la consecuencia era la decadencia moral y personal; era el cuerpo el que pagaba las consecuencias de la codicia.

Conclusiones.

A través de los personajes femeninos de Clara, Carmen o Calandria, Marcela y Blanca Sol, la literatura es capaz de revelar las aspiraciones sociales de estas mujeres por

satisfacer sus deseos de consumir la moda de finales del siglo XIX. Se manifiesta el cómo están ancladas en este vicio social que las deslumbra, incapaces de discernir entre bienes mayores y los superficiales, e incluso dispuestas a transgredir valores morales para conseguir sus deseos.

La literatura no comienza a existir cuando nace, por obra de un individuo; sólo existe de veras cuando es adoptada por otros y pasa a formar parte de la vida social, cuando se torna, gracias a la lectura, experiencia compartida (Vargas, 2014, p. 30).

Estas protagonistas comparten sus pretensiones en un contexto que las vuelve artífices de su propio destino y, a la vez, víctimas de una sociedad que promueve el consumo de la suntuosidad y la vestimenta de moda, prácticas solo accesibles a quienes tienen altos recursos económicos. De tal modo que serán sus objetivos matrimoniales a costa de poner en riesgo su propio bienestar, así los hombres pudientes son medios y el fin último en una vida de lujo y glamour.

Las prácticas de consumo reflejadas en estas novelas, así como el deseo de transformar el cuerpo mediante la indumentaria, la frivolidad, el egoísmo y la preocupación exclusiva por el arreglo personal, constituyen representaciones simbólicas de una época inmersa en un discurso ambivalente: moral versus vicio social.

En esta confrontación, el cuerpo fue el que se vio beneficiado o victimizado: adornado, sublimado, idealizado; pero también vejado, enfermo, prostituido y, en algunos casos, llevado a la muerte.

La moda como objeto generó un vínculo con la sociedad decimonónica. En esta relación, el sujeto otorgaba valor al vestido,

lo que implica que se reconfigure como representación de una realidad abstracta. Así, el valor de la moda se medía según los valores, prácticas e ideas de cada individuo o grupo social. La teoría de las representaciones permite conferir sentido a estas conductas y entender la realidad mediante su propio sistema de referencias.

Referencias

- Cabello de Carbonera, M. (1881). *Blanca Sol*, novela social. Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/blanca-sol--o/html/ff1c3698-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#l_1
- Cázarez Castillo, M. (2017). *Prácticas de intercambio y sociabilidad en la ciudades de México y San Luis Potosí a través de la moda femenina; 1870-1890* [Tesis de Maestría en Historia de El Colegio de San Luis]. Repositorio Institucional de El Colegio de San Luis.
- De Cuéllar, J.T. (2021). *Los fuereños*, presentación de Claudia Canales Ucha. UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas. <http://www.lanovelacor-ta.com>los fuereños,2021>
- De Paula, F. (1860). *Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860*. Tip. Dávalos.
- Delgado, R. (2006). *La Calandria*. Editorial Porrúa.
- Foucault, M. (2022). *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI.
- García, A.L. (2002). Historia de las mujeres en el siglo XIX: algunos problemas metodológicos. En *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 199-228). UNAM, PUEG y UAM.
- Giménez, G. (2005). *Teoría y análisis de la cultura*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Juvenal. (1885, 11 de enero). Charla de los domingos. *El Monitor Republicano*, 1.
- Juvenal. (1886, 24 de enero). Charla de los domingos. *El Monitor Republicano*, 1.
- L. G. J. (1882, 24 de septiembre). Las mujeres feas. *El Monitor Republicano*, 1.
- Machado, A. (2017). *Memorias póstumas de Brás Cubas*. Sexto Piso.
- Meza, C. (2010). *El cuerpo femenino. Denuncia y apropiación en las representaciones de la mujer en textos latinoamericanos*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Peluffo A. (2002). Las trampas del naturalismo en *Blanca Sol*: prostitutas y costureras en el paisaje urbano de Mercedes Cabello de Carbonera. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVIII(55), 37-52.
- Sandoval, A. (2011). El costumbrismo de Rafael Delgado en *La Calandria*. *Literatura Mexicana*, 4(1), 7-25. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.4.1.1993.841>
- Simmel, G. (2014). *Filosofía de la coquetería y otros ensayos*. Ediciones Coyoacán.
- Vargas Llosa, M. (2014). La literatura y la vida. En *Lección de lectura* (pp. 25-44). Colección El elogio de la Educación. Consejo de mentes brillantes. SNTE.